



El Último O'Grady

Por Teresa Pérez Landa

Aidan O'Grady había escuchado desde niño las historias de sus antepasados: el importante clan O'Grady; contadas primero por su abuela, y después por sus padres. Recordaba las noches de verano en el castillo, sentado en el suelo de la biblioteca, frente a la chimenea, mientras hablaban del legado familiar. Entonces le parecía lo más aburrido que podía escuchar, no porque no fuesen emocionantes — sus antepasados habían sido protagonistas de grandes gestas— sino

porque las había escuchado ya tantas veces que se las sabía de memoria y su mente estaba sedienta de historias nuevas.

En todas ellas cuando un O'Grady estaba a punto de morir, indefectiblemente su banshee se lo había anunciado con la antelación suficiente para que pudiese dejar todo en orden. Qué imaginación tenían... o eso creía hasta el día en que Aisling estuvo toda la noche paseándose bajo la ventana de su dormitorio en el castillo, bajo la lluvia, con ese lamento escalofriante que le penetró los oídos hasta dejarle casi sordo. Había viajado desde Dublín un día antes porque tenía reuniones de trabajo que atender por la zona. ¿Aquellas historias de viejos eran verdad?, ¿las banshees existían? Supuso que de ser cierto, era Aisling quien no paraba de emitir esa especie de gritos, pues Aisling era la banshee de su clan. Cada uno de los grandes clanes irlandeses tenía su propia banshee. ¿Iba a morir? ¿Ya? ¿Por qué? ¿Cómo? Él era el último O'Grady que quedaba. Aún no había tenido tiempo de casarse y dar un heredero para el clan. En realidad jamás había sido una prioridad para él, lo primero era su carrera. Si a eso le sumamos que no sentía ningún interés por el género femenino... lo había tenido complicado.

Miró por la ventana. Una mujer paseaba de un lado a otro con la boca abierta, con una mueca de dolor indescriptible en sus labios y su mandíbula, que parecía incluso desencajada. Tenía el cabello largo, muy largo, de un naranja fuego que habría podido iluminar la noche con él. —Curioso —pensó. Aidan significa “fuego ardiente”. Las delicadas manos de Aisling terminaban en unas uñas largas y afiladas. Ella lo miró. Entonces lo supo, su mirada lo convenció. Al día siguiente moriría, y con él, el linaje de una familia ancestral. No sabía cómo tomarse aquello, no había mucho que pudiera hacer. Pasó la noche bebiendo vino y leyendo su libro favorito. Dos días después, al no acudir a las reuniones programadas, sus socios dieron la voz de alerta a la policía que lo encontró en el suelo de su dormitorio del castillo. El vino se había derramado, rojo como la sangre, tiñendo la moqueta beige. Y el libro seguía abierto por la página 30... El forense determinó que había fallecido por un infarto repentino: tenía las arterias destrozadas de tanto beber y fumar.

El libro que estaba leyendo curiosamente hablaba sobre leyendas irlandesas, en la página 30 contaban la historia de las banshees.

Tras el entierro, Aisling, la bellísima banshee de los O'Grady, aquella mujer-hada, terminó su cometido en este plano. Regresó al bosque de donde había salido. Se concentró cerrando los ojos y despidiéndose de todo cuanto le gustaba de la Tierra: el aire, los olores, el viento fresco, la lluvia sobre su rostro, los árboles, los animales, las nubes... pronto las llamas cubrían todo su cuerpo. Ella también sabía que su final, una vez extinguidos los miembros del clan al que servía, era morir consumida por el fuego. Lo supo desde el minuto uno de su existencia, aunque no por ello vivirlo fue menos duro. Abrió los brazos entregándose a su destino y emitiendo su último lamento por un moribundo.